

(Núm. 8.)

LISARDO EL ESTUDIANTE.



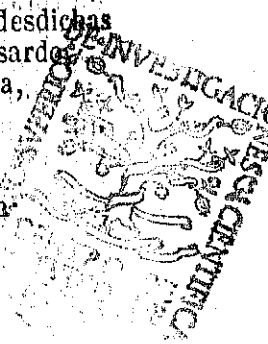
NUEVA RELACION

en que se declara los lances de amor, miedos y sobresaltos que acaecieron á este caballero, natural de la ciudad de Córdoba, y á doña Teodora, de la de Salamanca.

PRIMERA PARTE.

Escucha, Carlos, mi historia, si no te enfada el oírlo, por lo extraordinaria y larga, no menos que por prolija y triste en su relacion; pues ella será vestida de repetidos asombros

siempre anunciando desdichas. Mi nombre propio es Lisardo. Córdoba es la patria mia, y tierra donde mis ojos la primera luz veían; el apellido, no es justo que en público lo repita.



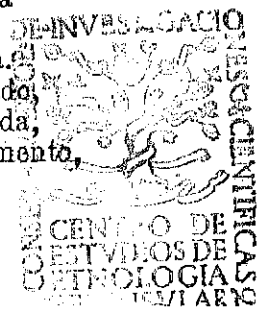
R. 59.932

tú lo sabes, y lo callo
por honor de mi familia.
En esta ciudad criéme,
con las costumbres debidas
y estilos mas bien versados
que hay en la caballería;
y despues que huve estudiado
hasta la filosofía,
lleguá á la edad mas perfecta
de mis años, pues cumplia
diez y siete primaveras,
cuando mi padre sentia
que andaba mal divertido,
con que al instante me envia
á estudiar á Salamanca,
fletándome la partida
con dineros y un criado,
que llevé en mi compañía.
Dentro, pues, de breve tiempo
á los muros dimos vista
de Salamanca; entré en ella,
descansé, y al otro dia
la universidad visito
de las escuelas antiguas,
donde estudiantes concurren
de toda la monarquía.
Tres años cursé las leyes,
siendo rayo en la porfia
de conferir competencias;
dándole á todo salida,
y por eso en la ciudad
todos ya me conocían.
Adquirí muchos amigos
de mi propia gerarquía,
y entre estos, mi voluntad
á uno solo preferia;
mi corazon le fiaba,
y él el suyo me ofrecía.
Claudio tenia por nombre,
siendo la amistad tan fina,
que tú por tú nos hablábamos.
Claudio una hermana tenia
llamada doña Teodora,
de virtudes tan crecidas,

de discrecion recatada,
que de sus ojos las niñas
jamás levantó del suelo,
siempre de Dios asistida.
Robóme su amor el alma,
quedando yerto, sin vida,
desde el punto en que la ví
era una hoguera encendida
mi pecho un volcan ardiente,
y aunque me hallaba á la vista
de Teodora, nunca puede
hablarla sino por cifras;
y ella honesta y sonrosada,
se hacia desentendida
bien por temor de su hermano,
ó por rigor de dos tias,
que eran las que la criaron,
y á su cargo la tenian.
Quise pedirla á su hermano,
y me dieron la noticia
de que estaba para monja
dedicada y dirigida.
Con penar tan tristes nuevas
adquirí, pues, que mis dichas
se desplomaron al suelo,
quedando desde aquel dia
descuadernado de insultos,
desvelado de fatigas,
agobiado de congojas,
en fin, sin norte, y sin gia,
hasta que tuve ocasion
por una criada antigua
de la casa de Teodora,
que humilde y compadecida,
de mí, se determinó
por un postigo que habia,
el darme entrada una noche,
de algun interés movida.
Hizome francas las puertas,
y con huellas no sentidas
armé de valor el miedo,
subí la escalera arriba,
llegué al cuarto de Teodora,
y á la luz de una bujía

la ví que estaba inclinada
 á un libro donde leía,
 tan embebida en extremo,
 que hasta que la sombra mía
 la hizo que recordase,
 no sintió quién lo impedía.
 Quitó del libro los ojos,
 y temblando, estremecida,
 fué á hablarme, mas no pudo.
 Yo entonces, señora,
 la dije, no os asustéis,
 que vuestro honor no peligrá,
 pues nunca está mas guardado
 que ahora que lo cobija
 sangre noble, mas no es tiempo
 de que mi descargo diga,
 cuando miró los temores
 cercano de mi osadía;
 contemplo tambien los riesgos
 que os ofuscan y fatigan,
 y así disculpe mi arrojé
 aquesta llama encendida,
 aqueste amor abrasado
 que tanto hácia vos se inclina.
 Mil veces mis tristes ojos
 os han dado la noticia
 que con el alma os adoro,
 y á todo desentendida
 os habeis hecho, sin dar
 señas de correspondida.
 Y si al entrar religiosa
 vuestro deseo os dedica,
 no quiero servir de estorbo,
 que al estado en que sigais,
 seré gustoso en serviros
 con el alma mientras viva,
 con pensamientos honestos.
 En tanto que la decía
 todas estas expresiones,
 Teodora volviendo iba
 del susto, terror y espanto,
 al aire un suspiro afirma,
 y deshojando el clavel
 de sus labios me decía:

¡Ah Lisardo, quién pudiera
 á tu amor darle cabida,
 sin romper obligaciones
 del voto que ya me obliga!
 Mira mi recogimiento,
 mira el fervor que me anima,
 mira también la palabra
 que á Dios le tengo ofrecida,
 y pues si eres entendido,
 no inquietes la pasión mía.
 ¡Para qué hemos de engolfarnos
 donde esperanzas no hay vivas,
 sino de muertos deseos!
 Y mañana en aquel día
 sabes que voy á un convento
 con voluntad libre y fina.
 Galantea otra hermosura
 que te pague con caricias;
 yo me alegraré que halles
 quien á tu afecto se rinda,
 quien te llene de favores
 y tus estandartes siga,
 que de mí no has de sacar
 mas que el ser te agradezca.
 Y diciendo estas razones,
 con ruegos me encarecía,
 la deje sola, y me salga
 de la casa, pues sentía
 nos sorprendiese su hermano.
 Viendo que razón tenía,
 la obedecí luego al punto:
 confuso me despedía,
 bajo al jardín, siento ruido
 de armas, y que decía
 una voz: ¡abrid! ¡matidlo!
 Tendí la vista, y véla
 en la puerta un embozado,
 y al ver que no paraba
 la criada, presumi
 alguna traición urdida.
 Entre confuso y turbado,
 con mi espada prevenida,
 salgo á la calle al momento,
 y mi contrario decía:



no es punto seguro este
para reñir, y partir.
Tiró delante y seguile;
dispuesto me apercibía
resuelto á lo que saliere,
y acelerados con prisa
fuimos travesando calles,
y al cabo de ellas había
fuera ya de la ciudad
unas paredes hundidas,
un sitio tan tenebroso,
que horrorizaba aun de día.
Allí se volvió y me dijo
con voz profunda y sentida:
aquí han de matar á un hombre,
Lisardo, enmienda tu vida,
repara bien lo que haces
y no vivas tan aprisa.
Esto dijo, y al instante
como sombra oscurecida,
desapareció. Ya puedes
ver cómo yo quedaria;
dejándome tan helado,
que allí acabara la vida,
y juzgo me hallaran muerto,
si la clemencia divina
no me hubiera dado esfuerzo.
¡Oh providencia infinita!
¡cuál es la misericordia
de tus acciones benignas!
pues sin fallarme los bríos,
mi cuerpo en tierra caía,
desaliñado el semblante,
oscurecida la vista
y angustiado el corazón,
que en los temores la prisa

siempre ha sido perezosa.
Mas cobrando nueva vida,
desamparé poco á poco
el puesto de mi ruina.
Vuelvo á la ciudad pasmado,
las sombras me estremecian,
y por si siguen mis pasos,
volviendo siempre la vista.
Todo cubierto de angustias,
con mortales agonías,
de mi posada las puertas,
toqué y al punto me abría,
mi criado, y conociendo
cuán sobresaltado iba,
preguntándome la causa,
de todo le di noticia.
por tener de él confianza,
que las penas repetidas
comunicadas son menos
si hay quien ayude á sentirlas.
En fin, pasé aquella noche
con desvelos, y á otro día
Teodora entró en el convento
con la ostentacion debida,
con el honroso aparato
que la ocasion requería.
No quisiera ser molesto;
pero tu atencion me obliga;
perdóname, amigo Carlos,
mi dilatada osadía,
que aquí cesa aquesta historia
mientras que se fortifica
y corrobora el discurso
para que adelante siga
con segunda relacion
de otras penas más crecidas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

que se refiere cómo iba Lisardo á sacar del convento á doña Teodora, y viendo hacer sus propias exequias, se retiró á hacer penitencia.

Supuesto que la licencia me tienes ya concedida
Cárlos, escucha hasta el fin lo que una pasión motiva.
Después que hubo Teodora logrado tan santa vida,
y estando de religiosa ya en la clausura metida,
yo refrené mis pasiones, modesto anduvo unos días disimulando mi pena.
La hacia algunas visitas ya en público, ya en secreto;
pero con tal modo iba, que jamás causé recelo de las sospechas antiguas.
Cansado ya de aguardar, mi pasión me precipita, interponiendo papeles que á Teodora escribía.
Cuatro meses se pasaron reiterando esta porfía, hasta que tocó el demonio el clarín de la lascivia,
que con espanto y denuedo dejó á Teodora vencida, toda embebida en deseos, toda en celos sumergida,
y otras muchas apariencias que el demonio la ponía, y sin poder reportarse me llamó y me dijo un día:
Lisardo mío, ya há tiempo que me tienen ya sin vida un ejército de celos,
un tropel de ansias prolijas, un lago de pensamientos,

que aunque quiera no soy mío. Tan tuya me constituí yo que si tú te determinas á sacarme del convento, sin que el temor me desista, sin que el pundonor lo estorbe, me arrojaré compélida á los lazos de tu amor, hallando en ellos cabida trataremos nuestras bodas, ofreciéndote la vida y mi mano juntamente, que es el triunfo de mis dichas.
La respondí: dulce dueño, amada prenda querida; no quiero morir creyendo con el donaire y la risa que me quieres engañar.
Teodora me respondía, no es engaño, no por cierto; sino que tu cobardía busca ya desaguadero para olvidarme... Y aplica un lienzo blanco á sus ojos, que bañados los tenía en lágrimas, y entendiéndole de que no era fantasía ni sueño lo que escuchaba, la dije: Teodora mía, desde luego me consiento en hacer lo que me pidas sin que riesgos me acobarden, aunque perdiera mil vidas.
En fin, trazamos el modo de que una noche yo había de ir á escalar el convento y ordenar nuestra partida.

Llegó la aplazada noche,
 que no tardó su venida;
 me armé lo mejor que pude,
 y sin llevar compañía,
 tocando el reloj las doce
 sin advertir las ruinas
 y desdichas que me aguardan,
 al monasterio partía
 lo mas contento del mundo.
 ¡Ay amor á lo que obligas!
 Llegué á las últimas calles,
 donde asombrado me habia
 la primera vez, y apenas
 llegué, como que sentia
 un silencioso ruido,
 de gente que ya venia
 siguiéndome las pisadas;
 pero andando á toda prisa
 alargué el paso y quedéme
 oculto tras una esquina.
 Y al emparejar conmigo
 uno en alta voz decia:
 si ese es Lisardo, matadle:
 muera, muera, repetian;
 moviendo un tropel de espadas;
 oigo una voz compasiva
 que dice: ¡ay que me han muerto!
 y luego al punto partian
 huyendo los agresores;
 en silencio ensordecida
 quedó la calle, y pensé
 que el alma se me queria
 del susto salir del cuerpo,
 y de miedo que tenia,
 pues propiamente yo era
 aquel á quien muerto habian
 á cuchilladas: no obstante,
 con la oscuridad que habia,
 eché á andar y á pocos pasos
 vi un muerto, cuyas heridas
 estaban vertiendo sangre.
 Aquí ser verdad creía
 lo que juzgaba era sueño,
 que en el sitio aquel habian

de matar á cierto hombre,
 y mas cuando precedia
 verme en tanta desventura,
 con la lengua enmudecida,
 con los pies casi trabados,
 quise huir y no podia;
 cuando miro de repente
 que un grande tumulto iba
 acercándose hácia mí.
 Dije, si esta es la justicia
 y me hallan con un muerto
 en mis manos, ¿quién les quita
 que entiendan yo soy el reo?
 por mas que yo me desista,
 me ordenan muerte afrentosa,
 sin tenerla merecida:
 Temeroso, pues, de dar
 en semejante ruina,
 escapé; Dios sabe cómo,
 y yendo á dar la noticia
 á Teodora de este asombro,
 de este aviso que me habia
 hecho tragar tantas muertes
 sin tener mas que una vida,
 cuando repentinamente
 las campanas se tañian
 con tan lúgubres clamores,
 que en altas voces publicaban
 la muerte del desdichado
 á quien quitaron la vida.
 Y mas novedad me hacia
 oir tan general doble
 á tal hora; pues indica
 ser el muerto un gran sujeto
 de familia esclarecida.
 Llegaba casi á dar vista
 al monasterio, y escuchó
 que por la calle vecina
 se oyen funerales voces
 de un entierro que venia.
 Escondíme en un portal,
 y ví pasar en dos filas
 un grande acompañamiento
 de eclesiásticos que iban

puestos de sobrepellices, y con sus hachas encendidas, y con su cruz y manga negra, y á ninguno conocia. Ví á la postre que llevaban el cuerpo entre cuatro (¡qué fatiga!) en un pavés á un difunto que cubria con una bayeta cubrial. Acabaron de pasar, y como me perseguian á un tiempo tantos asombros, y ya de puro miedo habia perdido valor algo recobradó, y ya que llegando iban al monasterio, reparé que en la iglesia se veian con entrambas puertas abiertas, y con mil luces encendidas, y todos se entraron dentro. Aquí ya despavorida me quedaba la mente, consideraba que si atrás yo me volvía aun mas peligros me estaban amenazando la vida. En fin, mas muerto que vivo, con la sangre helada y fria, me llegué también á la iglesia, donde trágando salivas, y cuando estuve á la puerta, me acordé si entraria ó no entraria, y observando desde allí al altar á toda la clerecia, que estaba dividida en dos coros, las exequias disponian. Despues que al difunto cuerpo en medio puesto lo habian cercado de muchas luces, les oí cantar vigilia, y dije: en cantos tan santos no puede haber fantasía de apariencias y visiones con que á entrar me resolvía. Lo mas secreto que pude entré, y con agua bendita

signándome muchas veces, ni un Pater-noster podia rezar, á causa que tantos en mí pusieron la vista, alisbándome sus ojos por donde quiera que iba. Ya que nadie me miraba, con recato y contesia le pregunté al mas cercano de los cantores que habia, que quién era aquel difunto. Un suspiro dió y decia es Lisardo el estudiante, de quien podeis dar noticia á vos, como que sois el mismo. Aquí sí me acometian los verdaderos temores, aquí fueron las fatigas, aquí fué el tentarme el pecho por si herido lo sentia, como suele acontecer, y á preguntar volvia á otro á ver si concordaba. Lo mismo me respondia, á lo cual les repliqué, mirasen lo que decian, á los dos que se engañaban, que yo de cierto sabia que no era Lisardo muerto. Aun acabado no habia de decir estas razones, cuando aquel que presidia puesto en pié dió una palmada y por todos respondia, diciéndome: caballero, cuantos están á tu vista, son ánimas del purgatorio, que ayudadas y asistidas de la oracion y limosna de Lisardo, agradecidas hemos venido á enterrarte, y á corresponder benignas, pidiendo á Dios por su alma, que de presente se mira



en duda su salvacion,
y en grande riesgo metida;
y pues vos nos impedis,
los oficios no prosigan,
que así vos lo perderéis.
Apenas esto decia,
cuando malando las luces,
todos desaparecian.
Café desmayado en tierra,
y aunque casi muerto, oia
las divinas amenazas;
cuando en mi acuerdo volvia
levanté al cielo los ojos
ante Dios por mi osadía,
diciendo: Señor, conozco
el mal ejemplo y doctrina
que hé dado en tu santa casa;
mas por tu bondad benigna
propongo de aquí adelante
enmendar mi mala vida.
Bien conozco que á ofenderos
mi vil pasion me encamina;
mas vuestra misericordia
de instante á instante me avisa,
á cada paso me llama,
y yo ciego en mi porfía;
ea, Dios mio, amparadme.
Y entre angustias y fatigas,
asido de las paredes,
de la iglesia me salia.
Cuando ya me ví en la calle,
como que no lo creia,
triste y muy pesaroso
fui á mi casa y repartia
dineros, joyas, y alhajas;
la ropa de mas estiuva
la regalé á mi criado,
y abrazándole decia:

ea, leal compañero,
Lisardo perdió la vida;
yo propio le ví matar
que te daré señas fijas;
yo le acompañé en su entierro;
yo asistí mientras se hacian
sus exequias en la iglesia.
Amigo del alma mia,
ya no nos veremos más;
que voy á hacer nueva vida;
para salvarme me aparto,
porque ya Dios me destina
donde he de hacer penitencia
lo restante de mi vida.
Mañana irás al convento,
dando á Teodora noticia,
dirás lo que me ha pasado,
que reflexione su vida,
y que me encomiende á Dios,
que todo el tiempo que viva
no me verán mas sus ojos.
Con lágrimas repetidas
estas razones le dije
por última despedida,
quedando el triste criado
tan asustado, que hacia
extremos de sentimiento
cuando vió que me partia.
Hasta aquí llega mi historia,
todo es la verdad fija:
adios, Cárlos, y si acaso
mi relacion te lastima
pide á Dios que nos defienda
de tentaciones nocivas,
y de los lazos del mundo,
porque al partir de esta vida
subamos todos triunfantes
á la patria esclarecida.

